

## NADA ES LO QUE PARECE

Comienza la grabación:

En la nublada mañana del 28 de abril, como de costumbre en estos días de encierro, me desperté y me puse a escuchar música para empezar bien el día. En eso que estaba escuchando como el quinto tema, mi mamá me llama a los gritos para que vaya a leer en la computadora una nota del nuevo diario digital creado por un grupo de hackers informáticos llamado 'Nothing is what it seems' (Nada es lo que parece). Estos hackers buscaban desenmascarar qué había detrás de la pandemia del coronavirus, porque al igual que a muchas otras personas, les parecía muy raro que se tomen tantas medidas restrictivas contra la libertad de las personas por una cosa como esta. Entre otras cosas, ya habían descubierto que una de las personas más millonarias del mundo, Edward Clovelin, dueño de las reservas de oro de Suiza, Canadá y Austria, había aportado muchísimo dinero a un laboratorio de infectología ubicado en una región desconocida de Alaska, para financiar lo que creen que pudo haber sido la creación del coronavirus. Estos hackers eran muy apoyados por la sociedad en general, pero eran odiados por los altos mandos de las potencias mundiales, que no podían pararlos.

Bueno, ya me fui muy por las ramas, volvamos al lío. Resulta ser que esta nota era una convocatoria abierta para todas las personas que se querían unir al grupo de operaciones 'We must save the world' (Debemos salvar al mundo), liderado por estos hackers. Ellos buscaban reclutar a la mayor cantidad de gente que no se cree este versito de que el problema más importante del mundo es el coronavirus y que se da cuenta que hay algo mucho más groso detrás de todo esto. Los hackers, haciendo esto, iban a demostrarle al mundo que mucha gente los apoya.

Inmediatamente pensé en unirlos y para que más gente lo haga, mandé esta convocatoria al grupo de WhatsApp de mi familia y amigos. Como ellos, al igual que yo, son unos incrédulos del sistema mundial, decidieron unirse. Entonces toda mi familia y amigos nos habíamos metido en el lío.

Resulta ser que, a una hora de habernos unido, en todas las pantallas de mi casa, como indicaba la nota, apareció una persona enmascarada que al parecer era un psicólogo y nos hizo un par de preguntas sumamente personales a cada integrante de mi familia para comprobar que no éramos espías.

Obviamente que lo que hicimos era totalmente ilegal y te podía costar muchos años de prisión. Los medios masivos de comunicación también lo criticaban, pero, aun así, tuvo muchísimo apoyo por parte de la gente que estaba harta de que le mintieran en la cara sobre esta pandemia. En la misma nota que leí con mi madre, también decía que los sueldos de los periodistas, que trabajan para estos medios y que estaban del lado de los hackers, habían aumentado mucho, parecía que los estaban sobornando para que no los apoyaran.

En fin, fueron pasando los días y me mandaron un curso de hackeo básico que completé en media hora. Me gustó tanto que llamé a la línea segura de atención al cliente de 'We must save the world' para comunicarles que me interesaba hacer cursos mucho más avanzados de hackeo porque tenía el sueño de participar junto a ellos en la salvación de este mundo tan caótico liderado por las personas de dinero. Ellos sin ningún problema accedieron y apenas corté el teléfono me había llegado un curso que se podía completar en aproximadamente 100 horas, y yo lo completé en 24. Estuve todo el día sin dormir y comiendo frente a la computadora, pero eso tuvo sus frutos. Cuando vieron esto, me reclutaron para la competencia de hackers del grupo de operaciones; el que la ganaba iba a ser miembro colaborador del grupo y se le iban a asignar ciertas misiones.

Gané la competencia, no les voy a explicar cómo, es una larga historia.

Yo era el único miembro colaborador en Argentina y mi primera misión fue hackear la cuenta bancaria de un millonario de mi país, llamado Ricardo Martínez, que de alguna manera era el responsable de haberle vendido la mayoría del accionario de YPF, una muy importante empresa argentina de energía, a Repsol, una multinacional energética y petroquímica española. Resulta

ser que este hombre era un terrible mafioso que también le había aportado dinero al laboratorio de infectología en Alaska. Una vez hackeada la cuenta tenía que publicar la transferencia bancaria que hizo al laboratorio. Cuando lo hice el FBI y la CIA, me mandaron un mensaje diciendo que me habían descubierto porque me había olvidado de encriptar mi computadora, algo súper básico que olvidé, y que en diez minutos iba a tener efectivos policiales en mi casa y me mandarían a Bower, para después ser transferido a una prisión en Estados Unidos y ser procesado judicialmente. Apenas terminé de leer eso, justo antes de desmayarme, recibo un llamado del grupo de operaciones. Ellos me dijeron que en cinco minutos me iban a pasar a buscar a mí y a mi familia en helicóptero por las afueras de mi ciudad, Córdoba Capital, un poco más lejos del arco de Córdoba, para llevarnos a su centro de operaciones en la Antártida.

Inmediatamente reuní a mi familia y emprendimos viaje. Los hackers me iban indicando por llamada por qué lugares teníamos que movernos para que no nos atraparan los efectivos policiales, les hice caso a todas sus órdenes hasta que vi pasar a un policía y nos escondimos dentro de una alcantarilla, no teníamos otra alternativa.

Nos quedaban sólo dos minutos para que nos pasen a buscar y nosotros recién estábamos a mitad de camino, en un desagüe oloroso y oscuro en la Avenida Sabattini, a tres cuadras del arco de Córdoba, y arriba nuestro estábamos rodeados de policías, aunque ellos no sabían nuestra ubicación. Estaba desesperado, no sabía qué hacer y encima se nos había acabado el paquete telefónico y no teníamos forma de comunicarnos con los hackers, todo estaba mal.

Entramos en pánico. Yo me puse a llorar porque sentía que lo único que había hecho fue ponerme en riesgo a mí y a los que me rodean por la estupidez de creer que podía salvar al mundo, qué inocente por Dios. Estábamos desahuciados y cuándo menos lo esperábamos, le tocó la espalda a mi hermana un hombre vestido de traje con unos lentes de sol, no sé cómo hacía para ver con semejante oscuridad, pero bueno, sus lentes tenían una linterna incluida y al parecer podía ver bastante bien. Nosotros al mirarlo sentimos mucho miedo, pero él nos dijo que había llegado el ángel guardián que tanto estábamos esperando. Inmediatamente agarró a mi hermana del brazo y nos dijo que lo siguiéramos si queríamos salir vivos de esta. Él nos llevó a máxima velocidad hasta un cuarto que estaba dentro de la alcantarilla, cerró la puerta y nos dijo: “Yo los voy a sacar de acá y no les va a pasar absolutamente nada si hacen todo lo que les digo”. Obviamente que hicimos eso.

Apenas salimos del cuarto él nos dijo: “Miren, acá abajo no hay nadie, el verdadero lío está arriba, cuando salgan de la alcantarilla tienen que estar muy concentrados haciendo lo que les voy a decir ahora, sino los van a atrapar y están fritos, y no vamos a poder hacer nada para sacarlos de a dónde sea que los lleven. Pero pongan atención que si hacen lo que les digo van a estar bien, se los aseguro”. Cuando dijo eso me volvió el alma al cuerpo y sentí una paz interior muy grande.

“Bien, vamos al grano”, dijo el hombre de traje. “Yo no me presenté, soy el agente secreto Adams Jeferson, del grupo de hackeo, me encargo de investigar cómo funcionan las fuerzas de seguridad acá en Argentina, son muy fáciles de sabotear, y salvar a gente como ustedes que se mete en problemas. Bien, suficiente, ya les dije mucho. Ahora vamos a salir de este lugar por la escalera que están viendo allá a lo lejos, esa oxidada, y los va a conducir a la calle Tancacha, luego de eso tienen que ir a la calle Miserere que corta a Tancacha y meterse al descampado que está atrás de los galpones y correr 700 metros a toda velocidad hasta llegar a la salida para circunvalación, ahí los va a estar esperando un helicóptero blanco, se van a dar cuenta. Bien, no les digo más, hagan lo que yo les dije, no hay ningún policía en el camino que les indiqué, los saludo y les deseo toda la suerte del mundo”, dijo el agente Adams. Una vez en el helicóptero el piloto nos dio una nueva identidad a cada uno y nos dijo que no nos podía llevar a la Antártida porque nos habíamos demorado mucho, y en vez de eso nos llevaría a Líbano para que comenzáramos una nueva vida.